

D. JUAN VALERA Y LA POLITICA: ¿NECESIDAD O INCLINACION?

Por el Académico correspondiente
Excmo. Sr. D. José Manuel Cuenca Toribio *

Entre las numerosas facetas de la rica personalidad de D. Juan Valera la política es quizá la que suscitara un cultivo cronológica y vitalmente más dilatado. Antes de sentirse atraído con el comercio con las musas y la pasión de la escritura, los avatares de la vida pública española en su adolescencia y mocedad y el deseo acezante de participar en ellos al servicio de una determinada idea de España, construida por la aleación armoniosa de tradición y modernidad, llenaron los trabajos y los días del Valera juvenil. Como suele ocurrir, las vivencias personales jugaron en tal inclinación un papel singular. Miembro de una linajuda familia venida económicamente a menos y, por ende, prevenida tanto frente a la burguesía emergente como a la aristocracia, adaptada a las nuevas instituciones liberales y enriquecida con la exitosa operación que supusiera la desaparición del régimen señorial y la venta de las propiedades eclesiásticas llegadas en gran parte a sus manos, el adolescente de la regencia de la Reina Gobernadora María Cristina de Nápoles (1833-40) y el mozo de la regencia esparterista (1840-43) creyó que el ingreso en política constituía el medio más seguro y expeditivo para labrarse un nombre en la vida pública de la nación y, paralelamente, asentarle sobre una sólida posición material.

Temporalmente más imantado por el pilar conservador de la monarquía isabelina, esto es, por el partido moderado, recuerdos, lecturas e ideas le hicieron decantarse en los primeros estadios de su itinerario político por la opción progresista, la otra viga maestra del Sistema consolidado tras la derrota militar del carlis-

* Ponencia no presentada oralmente.

mo. No en balde los *dii maiores* de su pubertad fueron su tío D. Antonio Alcalá Galiano y su propio padre, marino venido a varar en la Campiña cordobesa por mor de sus opiniones avanzadas en un medio –la Armada– caracterizado con frecuencia por su acendrado tradicionalismo. Convertido el primero en primate ideológico del Nuevo Régimen en su vertiente progresista a su regreso del fecundo exilio británico y el segundo, en figura menor, pero también a nivel provincial destacada con su designación como Jefe Político de Córdoba en la pleamar radical de la regencia cristina, su posición en tan radiante escenario reforzaría los vínculos y ligámenes del joven Valera con esta otra gran columna del *establishment* constitucional. En sus años de formación, no obstante el ambiente eclesiástico que le envolviera mientras cursaba los estudios secundarios y obtenía el título de licenciado en Derecho –ambiente, de otro lado, muy culto y sereno, al que siempre D. Juan hizo justicia, incluso en sus cortas y contenidas incursiones anticlericales–, una Málaga, de porte invariablemente cosmopolita, y una Granada, surtidor incesable de hombres e ideas remecidos por el airón de libertades, contribuyeron a ahincarle en su adhesión al credo progresista, más en su dimensión doctrinal que estrictamente política¹.

Pues, en efecto, dejada atrás la primera juventud y entrado el ambicioso provinciano en el gran teatro del mundo con afanes protagonísticos, el país experimentaría una trascendente inflexión con los inicios del reinado de Isabel II y la larga permanencia en el poder del partido por el que la soberana y la reina madre mostraron irrefrenable preferencia. Literalmente, el Madrid del fastigio de la década moderada deslumbró al paseante en Cortes que se residenció en la capital de la nación a la husma de prebendas oficiales, ya que la dedicación profesional no acababa de fijarse en una personalidad alérgica al trabajo de normas fijas y pautas bien establecidas. Ante el derroche suntuario de los parvenus subidos en la cresta de la prosperidad económica merced a los mil y un negocios de una España que, por primera vez en su historia, era remecida por la onda del gran capitalismo financiero e industrial, quedaría ya enteramente ganado por la causa del dinero como instrumento de realización personal y pública.

Al igual que en todos los pueblos de su entorno –con la parcial y muy relativa excepción de Gran Bretaña–, la política es en España durante la centuria del progreso cosa de ricos, como la misma estructura –de base inflexiblemente censitaria– del régimen se encargaba de determinar. Sin medios pecuniarios holgados resultaba imposible penetrar en las redes del Sistema, en tanto que su presen-

¹ Las respectivas tesis doctorales llevadas a cabo en la Universidad de Córdoba y las, en avanzado estado de realización, de José Manuel Ventura y Francisco José Espino acerca de la Córdoba de Fernando VII e Isabel II siluetearán con la debida precisión el marco infantil y juvenil de Valera, extremo hasta el momento no acometido con acribia académica.

cia en él daba vado a sinecuras y ganancias de procedencia no siempre clara. Valera no fue jamás un corrupto. Se lo vedaban el núcleo de su personalidad, honesto e invariablemente fiel a un reducido pero firme haz de principios morales de base cristiana, así como la conciencia de clase de un estamento que, en su porción más genuina, no había renunciado a un código en el que la tabidez no encontraba asiento. Pero siempre dejó al descubierto una querencia incontenible por disfrutar un nivel de vida que satisficiera gustos y aficiones principescos. En el dionisiaco y complejo recinto de su intimidad logró conciliar una antropología profundamente pesimista en su esencia con una visión optimista de la existencia humana –y, por consiguiente, de la histórica–, abierta al usufructo y goce de todos los placeres. Por “llegar con el turrón a Navidad”, como solía decir con graciosa sinceridad², el autor de *Pepita Jiménez* estaba dispuesto a todo o casi todo en el terreno de la *res publica* dejada por Dios a la libre discusión entre los hombres y las mujeres, pues D. Juan, aunque otra cosa sospechasen con vehemencia dos de sus más buidos críticos –D. Antonio Machado y D. Ramón Pérez de Ayala–, fue feminista, bien que moderado y un tanto inhibido, como en todo³.

Y fue, precisamente, el partido moderado, entonces en la cima de su poder e influencia, el que dio abrigo a las esperanzas del veinteañero Valera de vivir a costa del presupuesto nacional sin mayores esfuerzos ni tártagos. Afianzados en los resortes del mando Narváez y sus conmlitones e inmersos en una hondonera sin fin los progresistas, el cordobés traspasó sus tiendas al campo de los que fuesen sus juveniles adversarios. Alguien que, por evolución biológica o intelectual, había recorrido ya la misma senda y tenía diversas colindancias con el espíritu y sensibilidad de su paisano, el duque de Rivas, le sirvió de introductor de embajadores para presentar sus credenciales ante el “Espadón de Loja” como aspirante a servidor de un gobierno por aquellas fechas en el candelero de la actualidad europea como resultado del gran *affaire* diplomático y político de las “Bodas reales”, que estuvo a punto de provocar un conflicto armado entre la Gran Bretaña de la joven reina Victoria y la Francia del anciano Luis Felipe de Orleáns.

Representante de España ante la monarquía borbónica de las Dos Sicilias, D. Angel Saavedra le dio el espaldarazo para introducirse, en los inicios de 1847, en la carrera diplomática con el mejor pie, no obstante las quejas y lamentos de su paniaguado –*attaché* sin contrapartida crematística alguna, según las normas vigentes por dichas calendas en la *Carrière*– por no ver remunerados sus espacia-

² “Las cartas de Valera hablan continuamente de la necesidad de ganarse la vida, del dinero y comenta sin cesar las holguras disfrutadas por algunos de sus jefes, como el Duque de Rivas o el Duque de Osuna. La búsqueda del “turrón”, expresión suya, para designar a un puesto remunerado, generalmente en la administración pública española, aparece comentada continuamente. Es un motivo que se repite.” G. GULLÓN, “Juan Valera, documentalista del yo”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 665 (2005), p. 22.

³ Vid. el excelente artículo “Ramón Pérez de Ayala frete a Juan Valera” de A. SOTELO VÁZQUEZ, *ibid.*, pp. 7-15.

dos trabajos de amanuense de la correspondencia oficial de su jefe, Nápoles era el mirador más envidiable para observar la realidad político-social quizá más interesante y grávida de futuro del Viejo Continente en las postrimerías de la cuarta década del Diecinueve. Fracasado –momentáneamente– el intento de unidad a cargo de la dinastía saboyana y cerrada dramáticamente la apertura “liberal” del Papa Pío Nono, el *Risorgimento* semejaba volver a refugiarse en los cauces artísticos y literarios a la espera de que Camilo Benzo, conde de Cavour, pusiera orden y devolviera el entusiasmo a la vocación unificadora del belicoso reino del Piamonte. Entre las interminables conversaciones con el poeta de los *Romances históricos* y sus colegas de embajada acerca de todo lo humano y lo divino, el cultivo de su jardín secreto literario y el no menos íntimo amor por “La Culebrosa” –hija mayor del duque de Rivas y dama de raras cualidades, casada con el marqués de Bedmar–, el que habría de ser el más sagaz analista español del proceso de la unidad de la península del Lacio tuvo tiempo para esculcar por los repliegues más importantes del alma italiana –arte y letras, sobre todo–, sus reacciones ante la empresa largamente soñada y a punto ya de materializarse, con un cambio sustancial en el mapa europeo y una no menos radical mudanza en los usos y maneras de la cultura del Viejo Continente⁴.

Cansado quizá de sí mismo, conforme muchas veces le acaeciera, y acaso también convencido de que ya poseía las claves principales del *Risorgimento* y de la historia y la civilización del país que tal vez más le imantase en su asendereada vida y al que ya nunca regresaría, Valera retornó, en búsqueda obsesiva de un empleo remunerado en el Ministerio de Estado, cerca de un trienio después de su ida a Nápoles, al lugar donde se “cocía el turrón”... Su escrutadora mirada penetró de inmediato en el hondón de la coyuntura política: la situación del moderantismo estaba más firme aún que cuando abandonase España a comienzos de 1847. El prestigio del adusto soldado que había domeñado la revolución de 1848 sin apenas un disparo ni acto de fuerza, refulgía intacto dentro y fuera de la nación, en particular, en las Cortes y Cancillerías más reaccionarias, Rusia y Prusia, singularmente⁵.

No tardaría, por tanto, en hacer sus cuentas. A vueltas de reservas íntimas, únicamente expresadas en la copiosa correspondencia familiar a sus padres, con rúbricas y mandobles a diestro y siniestro a los moderados y su caudillo, se apresuró a aceptar, en la primavera de 1850, el cargo de agregado titular de la representación española ante la monarquía de María II de Portugal, con el que el

⁴ Es muy vívida y completa la reconstrucción de este ambiente hecha por la sensible y documentada pluma de C. BRAVO VILLASANTE en los capítulos VI y VII de su *Biografía de Don Juan Valera*. Barcelona, 1959 (hay edición ulterior en Madrid, 1989).

⁵ Cfr. el espléndido libro de J. PABÓN Y SUÁREZ DE URBINA, *Narváez y su tiempo*. Madrid, 1983.

tercer gobierno narvaísta procuraba satisfacer sus insistentes solicitudes para conseguir un puesto digno si no relevante, discretamente asistido en el plano económico para un hombre en el que las mil y una combinaciones matrimoniales linajudas y acaudaladas tardarían aún mucho tiempo en cuajar. Sin descuidar el que, a través del valimiento del todopoderoso ministro de la Gobernación, el sevillano José Luis Sartorius –arquetípico espécimen de una de las grandes estirpes que configuraban el moderantismo–, pudieran materializarse sus anhelos de convertirse en Padre de la Patria con la obtención del correspondiente escaño parlamentario, el aventajado egabrense, de antenas muy alertadas para recoger rápidamente el clima y ambiente de cualquier país, no tardó en ponerse al corriente de la situación lusitana⁶.

Al arrancar los años cincuenta, Portugal se hallaba, según se recordará, en una coyuntura parecida a la española. La modernización llamaba a sus puertas, y todas las energías eran pocas para drenarlas hacia sus objetivos, alcanzados, al contrario que España, antes en la esfera política que en la económica y social, según vendría a denunciarlo poco después, con acento terebrante, la generación de “Os vencidos da la vida”. En su impagable carteo con el genio que fuera en la repristinización del lenguaje castellano de los siglos de oro, Serafín Estébanez Calderón, “El Solitario”, el corresponsal lisboeta desgranó con latitud y acuidad las impresiones que le suscitaban la lectura morosa de la producción literaria portuguesa contemporánea y la contemplación acuciosa de las idas y venidas de sus elites por el escenario de la política. Ambas –lecturas y observación, acometidas a fondo conforme era práctica común en él– proveyeron a sus aljabas de un copioso material con el que enhebraría, pasados ya muchos soles y lunas, toda una teoría acerca de las relaciones entre los dos pueblos hispánicos, en los que comenzaba ya la zigzagueante y anémica andadura del iberismo. Otra vez, el desocupado diplomático vio pronto y bien. Como ocurriera en el pasado, pasaría en el futuro: el destino de Portugal y España discurriría por líneas paralelas encontradas tan sólo en el infinito... Cuando, con el príncipe que muriera de amores, el primogénito de los Reyes Católicos, D. Juan, la fusión, cordial e íntima, estuvo a punto de lograr-

⁶ He aquí lo que escribe o, mejor, glosa –según es el hilván de su obra– el último y más iconoclasta y muy perspicaz, en ocasiones, biógrafo de D. Juan: «El ocho de febrero (1850), olvidada ya aquella promesa de dejar de atormentar a los ministros, vuelve Juanito a escribir a su padre “(...) me presentó (el general Serrano) a Don Ramón (...) y a Sartorius (ministro de la Gobernación) en el baile que dio la Montijo, y que ambos me acogieron muy bien (...) Lafuente (no D. Modesto, claro) ha cogido tan grande rosca (un suculento sueldo en La Habana como Fiscal de Hacienda), haciendo la corte a Narváez. Yo pienso hacérsela a Sartorius y también a Don Ramón, para que me nombren diputado, y ya verá usted luego como soy lo que me da la gana” (...) Valera enseñaba demasiado la oreja de sus pretensiones, en las que no arriesgaba empeño político alguno, ya que sólo aspiraba a ser diputado importándole poco serlo por el partido progresista o por el conservador: “Mientras –sigue la carta a su padre– estudio las cosas políticas y me decido ya por convicción ya por interés, a favor de este o el otro partido”. M. LOMBARDEO, *Otro Don Juan. Vida y pensamiento de Juan Valera*, Barcelona, 2004, p. 52. Ésta y otras muchas cartas del periodo en *Juan Valera. Correspondencia. Volumen I. 1847-1861*, edición –excelente– de L. ROMERO TOBAR, M^a A. EZAMA GIL y E. SERRANO ASENJO. Madrid, 2002. La carta de 8 de mayo de 1850 a su padre tampoco tiene desperdicio al objeto referido, pp. 99- 101.

se, su prematura desaparición hizo de torcedor pesaroso de lo que pudo ser y no fue. La muy respetuosa anexión de Felipe II no pasó de ser una anexión a la que la opción castellana y meseteña del soberano de El Escorial privaría igualmente de porvenir. En 1640 la identidad lusitana se encontraba ya tan madura que los intentos reconquistadores por parte de Felipe IV hasta el fin de su largo reinado no hicieron más que de reactivo de la personalidad y psicología colectivas portuguesas⁷.

Mucho antes de darlo a la estampa, de todo ello habló largo y tendido no sólo con “El Solitario”, sino también con su tío D. Antonio Alcalá Galiano, en los meses que disfrutara de su compañía y de su liberal mandato como jefe de la embajada, en cuya dirección sustituyera el antiguo y ardido tribuno de “La Fontana de Oro” y de las Cortes del Trienio liberal al conde de Colombí, su discreto antecesor. Las tertulias de alto gálíbo de la bahía lisboeta, presididas por un protagonista descollante del periodo heroico del liberalismo doceañista, no tuvieron nada que envidiar a las mantenidas en el golfo de Nápoles por otra de las figuras que había escrito en primera persona la historia y la literatura de la época. Sorbidos a borbotones por su prodigiosa memoria, los recuerdos y confidencias de ambos políticos y escritores familiarizaron al joven diplomático cordobés con los rincones más desconocidos de su ayer más próximo, prestándole el formidable conocimiento de la historia “viva” que siempre le distinguiera y del que tanto partido extraería humana y literariamente⁸.

Pero D. Juan se cansaría siempre pronto de hombres y lugares. A la caza –legítima– de ascensos, comediado el otoño de 1851 su petición para ocupar la Secretaría de la Legación española ante S. M. Imperial Pedro II de Brasil encontró el *placet* correspondiente en el Ministerio de Estado, y, al echar a andar 1852, comenzó a rodar también otra etapa del *cursus honorum* valeriano. Fue ésta la menos solicitada por el interés y la atención a la política. Su jefe en Río de Janeiro, el buenazo e indolente D. José Delavat, su futuro suegro, no daba mucho en este sentido –(ni casi en ningún otro...)–, y la vida pública de un país gobernado por un rey filósofo no despertaba excesivo entusiasmo en el espíritu de D. Juan, convencido de la extrema dureza y tensión de la actividad política. Primer español de alto velamen intelectual y grandes dotes culturales y literarias que se asentaba en América desde su descubrimiento por los hispanos, cumplió bien su cometido de levantar puntual acta de las principales manifestaciones del espíritu en lengua lusitana y castellana. Llegado el momento, haría uso perspicaz y oportuno de sus

⁷ Vid. J. M. CUENCA TORIBIO, *Ensayos iberistas*, Madrid, 1999.

⁸ No es mucho, por desgracia, lo que aclara de esta relación una reciente y muy notable biografía de Alcalá Galiano: -El cambio de situación que para la suerte de Alcalá trajo consigo el nombramiento (de embajador) supuso el inicio de tres años muy placenteros en su vida, pues ver de pronto reconocida su labor y a la vez retornar a su primera vocación, la de diplomático, llevaron a Valera a escribir que su tío “está hecho un polvorilla y casi rejuvenecido”. R. SÁNCHEZ GARCÍA, *Alcalá Galiano y el liberalismo español*. Madrid, 205, p. 348.

muchas páginas, con resultados sumamente beneficiosos para el diálogo intercontinental, hasta el extremo de que no es demasiado aventurado calificarlo como “descubridor” ante el público europeo de la literatura gestada coetáneamente en el Nuevo Mundo⁹.

Dos años eran mucho en el ciclo de su andadura personal y de nuevo volvía a sentir con especial fuerza los cantos de sirena de la política. Cumplidos los principales objetivos de la misión biográfica que le condujera al gran país del Amazonas, en octubre de 1853 –con licencia temporal– Valera retornaba a Lisboa, de donde partiera un bienio atrás. La recalada duró unos meses, atendido a mesa y mantel por su tío Antonio y a la vera de un paisaje físico por el que siempre experimentó notoria predilección. No eran buenos los tiempos para fijar el rumbo de derivas políticas sujetas en exclusiva al usufructo del poder por el poder, cuando el ya granado diplomático volvió a adunar relación con sus “contactos” madrileños. Preso de rivalidades doctrinales y antagonismos individuales, el partido moderado había agotado ya su programa gobernante, en conjunto, muy beneficioso para la nación. Pero tal juicio lo emitiría la historia tiempo adelante¹⁰. En el primer semestre de 1854, la mayoría de los contemporáneos opinaba de distinta manera. Las turbulencias económicas y políticas azotaban despiadadamente a una fuerza agrietada en su cabeza por la carcoma de la corrupción y las prácticas políticas más reprobables en un Estado, formalmente, de Derecho. Estallada y triunfante la revolución de julio, Valera presentaría por segunda vez sus cartas credenciales para abrirse paso hacia las alturas del Parlamento. Y por segunda vez, el pueblo soberano –unos cuantos terratenientes y oligarcas de su patria natal, recorrida en la presente ocasión palmo a palmo– lo rechazó para representarlo en tan elevada institución¹¹.

La Diplomacia volvió a servirle de refugio en la hora depresiva que siguiera a su fracaso en las urnas. Y año nuevo, vida nueva. En enero de 1855 gozaba ya, como secretario de la Embajada de España en Dresde, de los muchos encantos que deparase a su poroso espíritu la estancia en una Sajonia sumergida plenamente en el proceso de transformación económica, que iba a hacer, de allí a pocos años, de la flamante Alemania la primera potencia europea, en rivalidad aguda con la “Reina de los Mares”. El destino –cuando menos en su versión burocrática– le privilegió nuevamente al situarlo en un mirador sin igual para contemplar la marcha acelerada del pueblo alemán hacia su unidad política. Desde luego, Valera aprovechó insuperablemente tan envidiable posición. Pocos o ninguno de entre los hombres públicos e intelectuales de su época disfrutaron de la oportuni-

⁹ J. F. MONTESINOS, *Valera o la ficción libre*, Madrid, 1969; J. M. CUENCA TORIBIO, *Historia y Literatura*, Madrid, 2004.

¹⁰ J. M. CUENCA TORIBIO, *Ocho claves de la Historia española contemporánea*, Madrid, 2003 (reimpresión, 2004).

¹¹ Vid. el excelente análisis de L. ROMERO DE TOBAR, *M. Azaña, Ensayos sobre Valera*, Madrid, 1971.

dad ofrecida al autor de *Doña Luz* para observar directamente dos procesos de unidad nacional del alcance de los de Italia y Alemania. Siglo y medio después de que sus opiniones y juicios vieran la luz –a partir de 1854 Valera iniciaría su carrera de escritor– o se expresasen en una correspondencia sin parangón en la historia española, tienen gran valor historiográfico por su perspicacia y riqueza de análisis. Dresde, capital germana de la cultura del momento, superior a Berlín y acaso también a Munich, con su amplia oferta musical, bibliográfica y museística, colmó las exigencias en la materia de un espíritu tan descontentadizo e hipercrítico como el del diplomático cordobés¹².

Su singladura rusa es, sin ningún género de dudas, la más conocida de las muchas anotadas en su hoja de servicios profesionales. Su estancia en el Imperio de Alejandro II, “El Reformador”, entre el otoño de 1856 y la primavera de 1857, como representante de su Ministerio en la embajada extraordinaria del duque de Osuna ante la corte zarista, con el fin de celebrar la reapertura de relaciones entre ambos pueblos tras una ruptura de casi medio siglo, ha tenido en uno de los libros más célebres de nuestro siglo XIX –*Cartas desde Rusia*– su fruitiva y detenida descripción. A los efectos políticos, quizá dos apuntes basten para sintetizar la impresión que provocara en su ánimo el contacto con una nación que rompía todos los moldes de las que hasta entonces había conocido. Uno de los capítulos primordiales del inmediato futuro del planeta estaría escrito en ruso. No obstante las heridas aún irrestañables dejadas en su cuerpo social por la desgraciada guerra de Crimea, la vitalidad del inabarcable país remontaría en plazo breve la hondonera en que lo arrojara lo que su clase dirigente no dudaba en calificar de “traición” de Occidente, ingrato a los muchos servicios prestados, a lo largo de la primera mitad del Ochocientos, a sus mejores causas por Rusia. Un nacionalismo exaltado, labrado a medias por la religión y la cultura, sería el instrumento de una regeneración que sorprendería al mundo, como asombrasen sus cánticos patrióticos, al término de las grandes operas representadas en los palacios y teatros sampetersburgueses y moscovitas, a un Valera, en estado de gracia vital durante toda la estadía en el país de los zares, pese a algún que otro fiasco amoroso y desencuentros con los otros miembros de la misión española, entre ellos, el propio y atrabiliario duque. Durante cincuenta años, Valera asistió al cumplimiento de sus vaticinios, de tenor muy distinto a los expresados un quinceañero atrás por un reluciente Donoso y Cortés. Según es harto sabido, su muerte coincidió con el *shock* producido en el imperio de Nicolás II por su derrota ante un Japón, que, adentrado más tarde en la senda de la modernización, la anduvo con mayor presteza. Pero no por ello Rusia quedó orillada en el camino de la gran historia, cuyo

¹² Muy ágil es el relato del periplo ruso valeriano debido a E. BELADÍEZ, *Dos españoles en Rusia. El Marqués de Almodóvar. 1761-1763 y Don Juan Valera. 1856-1857*, Madrid, 1969, en especial, pp. 127-8.

curso dictó ulteriormente por varios decenios, con vitalidad desbordada y un internacionalismo que no era, en su última dimensión, sino un ultranacionalismo, defensor de la “Santa Rusia” en versión laica...¹³.

Convertido en figura –(a las veces, también figurante)– de la vida social y cultural madrileña, a su regreso de las nieves, Valera decidió abrir un paréntesis en su andadura diplomática, relleno con una trepidante dedicación periodística y literaria, a la espera de que el muy agitado curso político del país le abriera pronto las puertas del Olimpo público para él encarnado en el Congreso de los Diputados. Por fin, en los sufragios generales del flamante unionismo, en el otoño de 1858, pudo escalar sus cumbres. Su hermanastro José Freüller –nacido del primer matrimonio de la marquesa de la Paniega–, agente paciente y decisivo de sus correrías por la vida electoral, le comunicó que, transformado en auténtico *deus ex machina* de sus ilusiones, éstas estaban ya satisfechas con la representación –aún impoluta– del distrito malagueño de Archidona en la Cámara Baja. El nuevo Padre de la Patria recibió la noticia en París, desde donde había proseguido su campaña epistolar para lograr el escaño, dejando al sufrido y experto Freüller avalar y obtener con artes prestímanas la representación para un candidato *in absentia*. Privado de una mínima autocrítica –singularmente, en el plano público–, el ingenio inagotable de quien escribiera *Juanita, la Larga* halló siempre fórmulas para justificar sus cabriolas y volatinerías políticas, ennortadas de sólito por el sol que más calienta. Si alguna fuerza parlamentaria hubo alguna vez en su existencia más reglada y acomodada a su ideario y temperamento, ésta fue, incuestionablemente, la Unión Liberal. Su ansia de equilibrio y centrismo estaba hecha a medida de la reluctancia –mejor se diría, tal vez, alergia– de D. Juan por el pensamiento monolítico y los hombres y mujeres de una pieza. En la coyuntura glosada, quizá los motivos esgrimidos por su tornasolada pluma se ajustaban a la exactitud. Midió mal la fe en sus destinos del naciente partido acaudillado por el duque de Tetuán, el general O'Donnell y férreamente controlado por “El Gran Elector”, el llanisco José Posada Herrera, quien no se avendría al solapado chantaje de D. Juan para reinar en solitario en las tierras archidonenses¹⁴.

Alguacil, alguacilado ante un consumado maestro en todos los recovecos de la vida pública española de comedios del siglo XIX, Valera, para el que la vuelta al poder del progresismo no se atisbaba ni siquiera en el horizonte lejano, se inscribió en la minoría moderada, liderada por un personaje legendario en la crónica menor e incluso negra de la centuria: José González Bravo, al que sólo le unieran la coterraneidad andaluza y el gusto por la poesía y el otro sexo. Huérfano

¹³ Vid. C. SÁENZ DE TEJADA BENVENUTO, *Juan Valera-Serafín Estebáñez Calderón. 1850-1858. Crónica histórica y vital de Lisboa, Brasil, París y Dresde (como coyunturas humanas a través de un diplomático intelectual)*. Madrid, 1971.

¹⁴ J. M. CUENCA TORIBIO, *Estudios de historia política contemporánea*. Madrid, 2000.

de facultades oratorias –al contrario que su jefe político–, Valera se limitó en el bautizo de su existencia parlamentaria a ver y a oír y, cómo no, a poner de chupa de dómine, en su torrencial correspondencia, a unos y a otros, incluido, naturalmente y en puesto muy destacado, González Bravo. En el ecuador del odonellismo y de su experiencia parlamentaria, en el momento en que la causa del *Risorgimento* parecía haber sufrido un duro traspies con el resuelto apoyo de Napoleón III a la soberanía temporal del Papa Mastai, Valera, en su primera intervención en el Congreso, se despachó a gusto con el poder político de los Pontífices, en una ardida requisitoria en pro de la unidad italiana, lo que no dejaba de disonar un tanto en boca de un diputado de la reacción a los ojos de los progresistas y aun de muchos partidarios del vencedor de la guerra de Africa, ésta, sí, celebrada por D. Juan, aunque no epiniciamente¹⁵.

Algún que otro cura –la parroquia fue siempre elemento determinante en el juego electoral de la época– quizá le pasaría factura del mencionado discurso al intentar renovar Valera su acta de diputado por Archidona en los comicios generales de octubre de 1863, una vez terminado el quinquenio odonellista. Esto –si la suposición fuese real–, unido a que a su hermanastro quizá se le fuera la mano a la hora de la votación con la introducción fraudulenta en las urnas de papeletas de dudoso origen y paternidad, hizo que, muy digno, Valera renunciara solemnemente al escaño ante la inmisericorde campaña levantada por el que había de ser, andando el tiempo, cacique mayor del Reino, el antequerano Romero Robledo, que entonces velaba sus armas en dichas lides.

No se aposentó, empero, la tristeza en el ánimo del que era ya académico de la Española y primera autoridad de la crítica literaria de la nación. Su fidelidad al partido moderado fue recompensada –aunque por vía familiar– con su designación en setiembre de 1864 nada menos que de director general de Agricultura, Industria y Comercio, en el Ministerio de Fomento, regentado por su tío –en puridad, primo de su madre–, D. Antonio Alcalá Galiano. Ambos destinos –la Dirección y la poltrona– en personajes encanecidos en la escritura no llaman la atención demasiado a la vista de los itinerarios seguidos en el primer liberalismo por incontables figuras de la oratoria y la pluma. Mas aun así, no deja un poco de sorprender la defensa airada –epistolar, por supuesto– que el sobrino hiciera de la cría caballar, dejada sustraer por el tío de la competencias de su proteica cartera en beneficio de la de la Guerra, sin una previa y numantina resistencia... Desde luego, no fueron dichos escrúpulos lo que le indujeron a presentar en enero del siguiente año su dimisión. Salido diputado por Castellón y Priego en las elecciones convocadas a finales de 1864 por el penúltimo gabinete de Narváez, dejó la

¹⁵ S. MIRANDA GARCÍA, *Pluma y altar en la gran novela española del siglo XIX*, Madrid, 1984.

gestión administrativa para mejor momento, si bien obligado, por descontado, por la incompatibilidad de los dos puestos. Como representante del hermoso pueblo cordobés de la denominada hoy región de la Subbética asistió el egabrense al desastrado término del gobierno narvaísta y al no menos terrible fin de A. Alcalá Galiano, represor de la protesta estudiantil madrileña –famosa “Noche de San Daniel”– por la exoneración de su cátedra de Emilio Castelar, autor del célebre artículo periodístico “El Rasgo” contra Isabel II¹⁶.

En su segunda y última experiencia gobernante, el unionismo se mostró generoso con D. Juan al nombrarlo, en agosto de 1865, delegado de España ante la Dieta Germánica. En el año pasado, en Frankfurt, en vísperas casi de la desembocadura del proceso de unidad alemana en el nacimiento del II Reich, vio reforzados por la realidad sus puntos de vista sobre Germania y su gran destino en la nueva etapa de la historia universal, que no tardaría en inaugurarse en torno a los memorables sucesos de comienzos de la década de los setenta. Bien que Bismarck no le cayese muy simpático y que cometiese un lamentable error acerca del carácter verdaderamente civilista de la política del “Canciller de Hierro”, sus advertencias cara a una eventual deriva militarista y bélica de la pujante sociedad alemana se vieron, aún más lamentablemente, confirmadas por la historia del dramático siglo XX¹⁷.

Regresado a Madrid un año después, cuando, paradójicamente, el pronunciamiento del Cuartel de San Gil –abortado tras dura lucha en las calles de la capital– pusiera término al mandato del duque de Tetuán y el movimiento político por él abanderado, la literatura y un muy complicado casamiento no dejaron vagar a Valera para sumergirse a fondo en la política del último gobierno de “El Espadón”, muy alabado por su atrabiliaria pluma en su exhibición de conservadurismo extremo. Al advenir la “Gloriosa” su intuición no le falló y en las postrimerías de setiembre de 1868, dejando, gustoso, a la familia en Biarritz, se presentó en Madrid a la espera de acontecimientos... En octubre, su amigo y admirador Serrano lo nombró subsecretario de la Presidencia de Gobierno. Miembro de las Constituyentes –electo por Montilla–, en pleno hervor librecultista, D. Juan dio en la flor de defender en sede parlamentaria la unidad religiosa del país, loando al catolicismo español en términos no superados por los famosos diputados eclesiásticos de la Asamblea, el cardenal Cuesta, el obispo Monescillo o el canónigo Manterola, arrojando por la borda el amplio capital que, como eximio representante del catolicismo liberal, acumulara ante la opinión pública a lo largo de décadas.

¹⁶ J. M. CUENCA TORIBIO, “Emilio Castelar”, *Diccionario Biográfico Español*, en curso de edición por la Real Academia de la Historia.

¹⁷ Id., *Historia de la Segunda Guerra mundial*, Madrid, 1989.

Pero las posiciones políticas del egabrense estaban hechas a prueba de contradicciones, antinomias y mudanzas. Constreñido por su protector a dejar la Subsecretaría de Estado para dedicarse por entero en las Cortes a defender el programa gubernamental, recordaría sus orígenes y creencias progresistas, ahora en alza imparabile... y rentable. Integrante de la selecta comisión de los 25 prohombres que ofreciera sus respetos en Turín al nuevo rey D. Amadeo de Saboya y le acompañase en su venida a España, y elegido diputado por el distrito tinerfeño de La Laguna, el titular de la cartera de Fomento, Ruiz Zorrilla, lo llevó a su equipo como director general de Instrucción Pública, en las fechas inaugurales del reinado y del año de 1871. En puridad, la salvación del Generalife –ya es mucho, desde luego– fue el único trabajo merecedor de anotarse en dicho cargo, aunque, según falsilla invariable en el coro de sus inacabables y algo enfadosas disculpas, las culpas de tan parva cosecha burocrática las declinase a un tal Picatoste, ninfa Egería y poderoso factótum de la cartera regentada por el visceral y honesto Ruiz Zorrilla¹⁸. La senaduría por Córdoba –mayo de 1872– haría, indudablemente, de sabroso lenitivo de su desconsuelo. Con ella subió al pináculo de la gloria local, que saboreó con delectación no fingida. Crítico impenitente de la idiosincrasia del cordobés –la cordobesa, será ya otros López...–, de la rusticidad de sus clases medias agrarias y urbanas, figurar como número uno en el escalafón de sus notables saciaría apetencias largamente ocultas entre los meandros de su psicología y de su prosa, únicamente alambicada a la hora de abrir las exclusas de su intimidad¹⁹.

Penas y alegrías se asentaban fugazmente en la vida de Valera. Cuando más alto era su predicamento en el Palacio de Oriente y elevada la estima que profesaban al matrimonio –con indecible contento de la mercurial y caprichosa Dolores Delavat– la real pareja de D. Amadeo y D^a Victoria, “el rey demócrata” abandonó el trono de España. Entre los más inconsolables por su abrupta y digna partida figuró D. Juan, que debió decir también su adiós a la senaduría y sinecuras de la situación anterior a la Primera República. Pero en la última fase la Interinidad –con rotulación, claro es, de la historiografía oficialista de finales del Ochocientos, que, como su público, patrimonializaba el patriotismo e incluso la identidad españoles–, otra vez Serrano le devolvería al sano y apacible disfrute de las rentas del Estado al nombrarle consejero de Estado e Instrucción Pública.

Implantada la restauración alfonsina, la ventosa del poder succionó sin ningún esfuerzo las inclinaciones políticas del autor de *Las ilusiones del doctor Faustino*, decantadas por el progresismo durante la fase de la revolución de 1868. Cánovas, cuya admiración por D. Juan no traspasaba el plano cultural, dio como

¹⁸ Vid. la excelente tesis doctoral, de cuyo Tribunal tuvimos el honor de formar parte, de la llorada MATILDE GALERA, *Juan Valera, político*. Córdoba, 1983.

¹⁹ J. M. CUENCA TORIBIO, *Historia de Córdoba*, Córdoba, 2ª edición, 2001.

dádiva a su recipiendario en la Real Academia de la Lengua la representación parlamentaria de uno de los distritos electorales portorriqueños, con algo de adelanto a lo que ocurriera diez años después con Galdós, también, según se recordará, diputado “cunero” en la isla antillana merced a la voluntad de Sagasta. Antes, no obstante, de jurar el cargo D. Juan fue agraciado –bien que la larga sombra y los grandes trabajos de José Freüller estuvieran presentes en el hecho– con una de las senadurías malagueñas, puesto sin duda más de su agrado, en especial, en una tesitura en que su vena creadora manaba *ex abundantia* por los terrenos de la narrativa, del ensayo y el periodismo. Poco o nada de provecho hizo Valera por la Málaga de sus amores –literarios: quizá la ciudad de mayor presencia en su obra de ficción y memoriográfica–, misión que, por descontado, no estaba incluida en su designación, aunque tampoco la infringía. De ahí que ello no significara torcedor alguno para que en la próxima legislatura de las Cortes alfonsinas D. Juan saliera elegido senador por la Universidad salmanticense. Valera, bien se entiende, no cambió el paso en su nueva responsabilidad. Empero, en los siguientes comicios, el claustro del *Alma Mater* más prestigiosa de la nación, no le renovarían su confianza, suscitando el enojo de D. Juan, vertido a raudales en sus misivas a correspondientes y amigos²⁰.

Por diferentes motivos, 1881 fue un *annus mirabilis* en la biografía del escritor andaluz. Contrariado con el artífice de la restauración borbónica a causa de la pérdida senaduría –bien que su cargo de consejero de Instrucción Pública permaneciera intacto–, nuevamente aforaría la peculiar e intransferible –en su explicitación doctrinal– labilidad ideológica de Valera al entonar las mayores loanzas del fusionismo al tomar las riendas del país en el mencionado año. En justa correspondencia, una de las primeras medidas de los flamantes gobernantes sagastinos y en particular del ministro de Estado, el marqués de la Vega Armijo –tan donosa y memorablemente bataneado tiempo muy adelante por el Azorín anarquista y del paraguas rojo–, fue su nombramiento de Embajador en la Corte lisboeta de aquel rey melómano y *lletraferit* que fuera el buen Luis II. Para colmo de venturas, el ciclo se cerraría con su designación, en la clausura del año, como senador vitalicio²¹.

²⁰ Noticiaba a su hermana Sofía desde Madrid el 10 de abril de 1879: “Todas mis cosas van pésimamente. En Salamanca no quieren los de la Universidad reelegirme senador. Es casi seguro que me quedará esta vez sin ser senador y sin ser diputado. Allá veremos. Aun guardo esperanzas, aunque leves.” *Correspondencia, Volumen III, 1876-1883*, Madrid, 2004, p. 137.

²¹ El 11 de febrero de 1881 escribía a Francisco Moreno desde Madrid, algo ufano y un mucho contento: “(...) veré a D. Venancio González (Gran elector sagastino) y le hablaré para que en el distrito de Cabra nada se resuelva sin que yo entienda en ello (...) Yo no volveré al Consejo de Estado ni tomaré ningún otro destino en Madrid, porque nada aquí me conviene pecuniariamente, dejando de ganar con lo que escribo y perdiendo además el sueldo de Ferrocarriles (...) De todos modos, yo no desisto de pertenecer a las próximas Cortes como senador o como diputado. Yo tampoco desisto, aunque me hagan senador, si Vd. y otros amigos de ese distrito me ayudan, de influir en ese distrito, y de ver si logro tenerlo por mío. Aunque yo no fuese su diputado, haría como si lo fuese, y para serlo buscaríamos a alguno que fuese como yo”, *Correspondencia...*, 236-7.

Y aquí terminaron los esquivos y apasionados amores de D. Juan con la cosa pública. Hasta su muerte, un cuarto de siglo posterior, la política con mayúscula y, en particular, con minúscula le continuó atrayendo, sin que renunciara durante largo tiempo a sentarse en el Consejo de Ministros, ya que otros muchos, como argumentaba con inimitable donaire, con menos méritos y no superior inteligencia lo habían ya hecho y lo seguirían haciendo. Pero las urgencias y anhelos de otros tiempos por labrarse “una situación” desaparecieron ya para siempre de su calendario, más solicitado por afanes y preocupaciones culturales y publicísticas. Al jubilarse, no sin pena y mucha tristeza, definitivamente de su carrera profesional, el balance de las tierras vistas y los hombres conocidos era literalmente impresionante. Viajero por los tres países más extensos del planeta –Canadá, recorrida siquiera mínimamente durante su embajada en Norteamérica, Rusia y Brasil–, avecindado en la nación protagonista del siglo XX durante su estadía en la capital estadounidense, habitante de la Viena de los esplendores de Francisco José y de la Bélgica de Leopoldo I, ningún diplomático ni hombre de Estado español contemporáneo atesoró un caudal tan ancho de vivencias y experiencias del “gran mundo” y la política de las Cortes y Cancillerías, en un tiempo en que los destinos de los pueblos se ventilaban y dirimían aún en sus salones, despachos y mentideros. Conocimientos y saberes utilizados en discursos e intervenciones académicas –D. Juan también se incluyó en la nómina de los miembros numerarios de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, creada en 1857–; artículos de prensa y escritos en revistas culturales de amplio espectro, sazonando igualmente la charla grácil y percutiente que, conforme el testimonio de sus coetáneos, distinguía las conversaciones de Valera, *causeur* sin rival en el pequeño cenáculo y la discreta tertulia.

Pero a pesar del buen y rentable uso que éste hiciera de su erudición en los negocios públicos y del aplauso ganado por el inteligente y buido desvelamiento de muchos *arcana imperii* del pasado reciente y lejano del acontecer español y mundial, probablemente un fondo de insondable frustración planeaba sobre su espíritu al relatar las hazañas y hechos ajenos que él hubiera querido trasmutar en propios, siendo su persona el referente y protagonista de los recuerdos y memorias evocados por otras plumas y bocas. ¿Se redujeron, pues, a mero narcisismo la entrega e interés por la política del más ático de nuestros escritores contemporáneos? Sí, en gran medida. La reflexión ética de la vida pública, la meditación de la política como instrumento pedagógico en la formación del espíritu ciudadano no estuvieron ausentes, desde luego, del pensamiento y escritos valerianos, pero ocuparon, ostensiblemente, un lugar secundario. Como personalidad de talante y formación renacentistas, su ideal de *uomo universale* contenía una dimensión importante de teoría y praxis del ejercicio de la política, que en él cedió en innumerables ocasiones a tentaciones y menesteres más prosaicos, tal vez con íntima reluctancia a pesar del escudo galeato de excusas y sofismas, todos falsos, tras el que solía guarecerse. En todo caso, hay que considerar como gran lástima

para la literatura política española que su ideario y escritos acerca de la res publica no fuesen trasunto en mayor o menor medida de una experiencia positiva y una actuación de todo punto intachable en cuanto a consecuencia y responsabilidad por parte de aquel gran espíritu que encandilara, con escándalo de algunos de sus actuales y un punto intonso apologetas –v. gr., Juan de Goytisolo–, a otro gran príncipe de las letras y la reflexión política que se llamara Manuel Azaña.